

San Borombón: leyenda y realidad

Angel Luis Fernanz Chamón

I. LA LEYENDA

I.1. El Mito del Paraíso en el mundo clásico

"Los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamante. Allí se vive dichosamente, allí jamás hay nieve ni invierno largo ni lluvia, sino que el Océano manda las brisas siempre del Céfiro, de sonoro soplo, para dar a los hombres más frescura".

Homero, "Odisea", IV
(traducción: Luis Segalá y Estalella, Barcelona, 1910)

Estas palabras de Proteus, prediciendo la suerte futura de Menelaos resumen la visión clásica de la "Elisia Pedia" o Campos Elisios, ubicados ya desde tan remota antigüedad en el extremo occidental de la tierra conocida.

Los autores clásicos (ei ya citado Homero, Estrabón, Pomponio Mela, Pedro Apiano, Horacio, etc.) conservarán viva la memoria del paraíso atlántico, son las "Makaron Nesoi" o "Islas de los Bienaventurados", a los que los latinos llamaron "Fortunatae Insulae".

Poñ si hubiera alguna duda sobre su posible localización, cito un texto de Plutarco de sus "Vidas Paralelas", hablando de la de Sertorio. Una vez llegado éste a la desembocadura del Guadalquivir, procedente de la Mauritania:

"Allí se encontró con unos marineros que acababan de llegar de unas islas del Atlántico; éstas son dos que se hallan separadas entre sí por un pequeño estrecho; distan 10.000 estadios de Libye y son llamadas "de las Afortunadas" (ton Makaron)".

A continuación se extiende enumerando las excepcionales condiciones naturales de que gozan tanto en punto al clima, como en lo que respecta a la riqueza de la tierra, finalizando con las siguientes palabras:

"...de manera que entre aquellos bárbaros es muy frecuente la creencia de que era allí donde estuvieron los Campos Elysios, mansión de los Bienaventurados cantados por Humero".

El conjunto de la cita es bastante revelador, ya que el propio Plutarco, desde una postura crítica y bastante escéptica, nos proporciona una valiosa pista en la identificación entre el archipiélago canario y los míticos Campos Elysios. En efecto, no es extraño que el primitivo mito de una mansión perfecta destinada como morada eterna a los elegidos de los dioses, al llegar a oídos de escritores y geógrafos noticias un tanto confusas por la lejanía, de unas islas que se ajustaban perfectamente a esas premisas, las convirtieran en el soporte de un sueño de siglos.

Favorecía esta identificación la falta de contacto directo con las islas, lo borroso y desfigurado de las noticias que pudieran recoger, a lo que habría que sumar la manipulación consciente o inconsciente del propio autor.

Un peldaño más en esta historia es el que ilustra ejemplarmente el pasaje de la Vida de Sertorio, importante paso en la crítica y desmonte del mito, devolviendo a la realidad la figura concreta de las islas. La explicación puede estribar en el contacto cada vez más directo que con las fuentes de primera mano tenían los romanos. Sus principales informadores debieron ser los pescadores del sur de la Península que debían visitar frecuentemente los caladeros en torno al Archipiélago.

Hasta aquí el mito del Paraíso en la antigüedad clásica.

I.11. Ciclo Cristiano

1) La Leyenda de San Borondón

El núcleo de la leyenda, que en su forma más primitiva data del IX, trata del viaje marítimo emprendido por San Brandán, monje irlandés obispo Confler, a la búsqueda del paraíso.

Después de una travesía llena de peripecias, abandonados él y sus compañeros a la divina providencia, sin rumbo fijo y a merced de los vientos, arriban a una isla misteriosa rodeada toda ella por una muralla. Tras varios días de infructuosa búsqueda de un acceso hacia su interior, les fue mostrada una entrada.

El relato continúa narrando las pruebas y dificultades, a las que el monje irlandés fue sometido en su camino hacia la morada oculta de los Bienaventurados.

Se trata de un viaje iniciático salpicado de multitud de pruebas, que el monje ha de vencer, purificándose de esta forma para tener acceso a lo oculto, tierra de promisión inaccesible a los mortales.

De nuevo nos encontramos con una versión, esta vez cristiana, de la morada de los bienaventurados, reelaboración de una tradición mucho más antigua que podemos ubicar en los finisterres atlánticos: Irlanda, Bretaña, Galicia. Nos autoriza a ello la pertenencia, que parece fuera de dudas, de la leyenda de San Brandán al ciclo mitológico irlandés. Por otro lado, la veracidad de este estrecho vínculo queda atestiguada también por la Arqueología.

Unas y otras costas, de parecida morfología, coincidían además en ser límites del mundo conocido, "Finisterres", hitos de una geografía mística, límite último entre el mundo de los vivos y la morada de las sombras.

Dentro de este mismo núcleo temático, quiero mencionar otras dos leyendas, que dan idea de su proliferación en el Medioevo con variantes muy escasas: **Leyenda de San Amaro** y la de **San Ero de Armenteira**. En ambas queda evidente lo esencial de la del Santo irlandés.

En la versión gallega que Carré Alvarellos da de la leyenda de San Brandán a la que titula "A ínsula Balea", la isla misteriosa y desconocida resulta ser una ballena que transportó al santo y a sus compañeros sanos y salvos hasta Finisterre (dato importante a tener en cuenta).



Conclusiones:

a) Localización desde muy antiguo de la Mansión de los Bienaventurados en torno o en el propio Archipiélago canario.

Ya vimos con anterioridad las causas que lo pudieran motivar. Lo que es indiscutible es la antigüedad del mito.

b) Más difícil es intentar siquiera una identificación de la isla misteriosa a la que arriba San Brandán, con algún lugar real de la tierra.

Tanto en el viaje del Santo irlandés como el que relata la leyenda de San Amaro, la meta es el paraíso. Unos y otros se ponen en camino espoleados por la ferviente necesidad de penetrar el misterio. Ninguno lleva cartas de navegación ni rumbo fijo, es su fe la que los guía. Ni una sola referencia geográfica, sólo un dejarse llevar a la deriva.

Lo definitivo en ese peregrinar es la sucesión de inconvenientes que tienen que vencer. Son las pruebas propias de un viaje iniciático cuya finalidad es la purificación por medio del dolor y la prueba de los candidatos a un destino superior.

II.

Asistamos a la encarnación de un sueño, la historia comienza en los albores de la Edad Media: la creencia en una isla paradisíaca se afirma.

Unos siglos más tarde se producen los primeros intentos por descubrirla suponiendo que en ella se habían refugiado ciertos religiosos, por afán de sacrificio solitario o bien huyendo de la persecución de los sarracenos (de ahí las denominaciones de Isla de las Siete Ciudades, Antilia, Ora Solis, Aprósitus, etc.). En los siglos XV (finales) y XVI se inicia una nueva etapa con la ubicación definitiva de la isla en el archipiélago canario.

Pero ¿por qué las Canarias y no otro lugar cualquiera del Océano?, pues no siempre se la situó en aquellas latitudes. La primera vez que aparece en la cartografía, en la carta o mapa mundi de la catedral de Hereford, en 1280, se la coloca cerca de las islas Británicas. Una posible explicación quizás estribe en el aura legendaria y misteriosa que desde antiguo rodeaba a las Islas Canarias.

Otra hipótesis aventurada propondría la existencia histórica de unos contactos muy remotos entre los finisterres atlánticos y las Canarias, cuya memoria se hubiera conservado gra-

cias al mito. La Arqueología nos proporciona algunos datos interesantes. En varias islas del archipiélago, en especial La Palma, se han descubierto petroglifos que recuerdan con pasmosa exactitud las inscripciones atlánticas del bronce con paralelos en Escocia, Irlanda, Normandía, Galicia y Norte de Portugal.

Son grabados en forma de espirales, meandros, laberintos, rosetas y líneas serpentiformes. Todos ellos de significado esotérico y en relación directa con el mar, posibles representaciones laberínticas simbolizando la experiencia mística de la búsqueda del "centro", símbolo del poder, de la inmortalidad y la sacralidad.

La Isla

¿Es cierta o no la existencia de la Isla de San Borondón?

A la solución de este enigma se encaminaron no pocos esfuerzos, a partir de la conquista del archipiélago por las armas castellanas. La supuesta proximidad a la isla legendaria provocó una fiebre de descubrimiento cuyos primeros protagonistas fueron portugueses y españoles. Unos y otros argüían sus derechos sobre la isla aún sin descubrir.

A las palabras suceden los hechos, pues a tanta insistencia de opiniones no era cuestión dejar pasar la oportunidad de una nueva gloria en aras del descubrimiento.

En 1526 se organiza la primera expedición a cargo de Fernando de Troya y Fernando Alvarez, seguida a treinta años vista de la del piloto portugués Roque Nuñez, acompañado por el misionero Martín de Araña. Ni una ni otra tuvieron éxito, aunque los rumores de los que decían haberla visto no remitieron.

Con renovada fe se suceden las expediciones oficiales. En 1570 salieron de La Palma tres navíos con Hernando de Troya, Fernando Alvarez y Hernando de Villalobos, vecino de la mencionada isla de La Palma. En 1604, nuevo intento llevando como piloto a Gaspar Pérez de Acosta y el padre fray Lorenzo Pinedo.

Decepciones que no enfriaban el entusiasmo, pues vemos cómo se repiten cadenciosamente en intervalos de tiempo más o menos largos.

Si no se descubrió "oficialmente", por lo menos se dibujó y no una sino muchas veces, para desmentir a aquellos que encuentran imposible "ver" un sueño.

El primer plano corre a cargo del cremonés Leopoldo Torriani, que recorrió las islas a finales del siglo XVI al servicio de Felipe II, para hacer un estudio de fortificaciones. San Borondón es aquí una islita alargada con colinas dispersas, cruzada de Este a Oeste por una baja cordillera; un corto riachuelo desembocaba al Norte y otro al Sur. Las costas aparecen recortadas y en el interior se divisan pequeños calvarios o hermitas con cruces. El fabuloso plano pudo ser trazado por referencias directas, tomadas preferentemente en las tres islas frente a las cuales las apariciones habían sido más frecuentes: La Palma, La Gomera y El Hierro.

Tampoco faltan documentos que lo certifiquen. El día 25 de abril de 1730 los vecinos de Tijarafe, de la isla de La Palma, estando reunidos para escuchar la plática de dos padres de la orden de predicadores "vieron descubierta y clara como dos horas y media, la dicha ysla, hasta que la noche obscureció; y aviéndose puesto el sol en ambas partes y el medio de la tierra obscuro, estaba el oriente claro sin arrumazón de celajes, el tiempo bonancible, que solo se vieron en dicha tierra dos celajes pequeños, divididos, que se desbarataron, quedando la tierra firme, sin que les quedase duda a los testigos oculares, a su parecer ciertamente". La declaración tiene la fuerza de lo vivido.

Ese mismo día afirman con la misma rotundidad haberla visto los vecinos de Garafía. Y en idéntico año,

el 22 de junio y el tercer domingo de septiembre, tuvieron ocasión de contemplarla desde el pago de Tipuya.

De los testigos oculares pasemos a los presenciales, aquellos que aseguran haber estado en ella, son sin lugar a dudas los más interesantes.

Según las noticias recogidas por Pedro Agustín del Castillo en el año de 1570, el regente de las islas, Hernán Pérez de Grado, ordenó una recopilación de informaciones de testigos acerca de la isla. En uno de ellos se declara textualmente:

"Que obligado de la fuerza de los vientos, viniendo del Brasil en una carabela, de quien era maestro y piloto Pedro Vello, portugués, dio fondo en un puerto al cabo del sur de una isla, a la boca de un arroyo, y que echaron un batel a tierra con cinco o seis hombres y con armas algunos; que hallaron mucha arboleda en el desembarco, y al tronco de uno, que dijeron ser 'barbusano', una cruz clavada con un clavo cuya cabeza era como de un real de a cuatro, y muy cerca de allí tres piedras en ángulo, con señal de aver hecho fuego en que paresía aver cociódo 'lapas', cuyas conchas se hallaron allí; y entrando la tierra, vieron unas vacas, bueys y un rebaño de oexas; y queriendo tomar algunas para llevar a la embarcación, las siguieron dos hombres y entraron en la espesura del monte; y pasando el declarante con otros a un llano de tierra suelta, vió en ella señalados pies humanos cuyo tamaño era como de dos de los suyos, y lo largo del paso a proporción..."

La expedición tuvo que regresar precipitadamente al barco al declararse una fuerte tempestad, quedando dos de ellos en la isla. Esta desapareció repentinamente, haciendo inútiles los intentos por rescatar a los dos marineros.

Como corresponde a una isla misteriosa, tan pronto aparece como desaparece. Fortuitamente se arriba a ella y luego premeditadamente se oculta ante los que la buscan.

Las señas de que estuvo habitada (cruz, huellas...) manifiestan que el declarante tomó elementos claramente legendarios, como es el recuerdo de aquella isla fantástica elegida como morada por un grupo de monjes, según ya vimos más arriba. Esta asunción de la leyenda en la vida real no constituye, por supuesto, ninguna falsificación deliberada.

Otro de los privilegiados personajes que aseguró haberla visitado fue un tal Marco Elverde el cual, cuando regresaba de Berbería, según testificó ante el inquisidor Pedro Ortis de Fúnez, avistó

tierra en un punto hasta entonces desconocido. La ubicó en la carta de navegación y halló ser la isla de San Blandón. Puso pie en ella, pero ante lo inminente de un temporal, tuvo que regresar al navío, dejando la exploración para el siguiente día. Pero, llegada la noche, "les salió tal tiempo que les hizo garrar con las áncoras a rastro, y en breve tiempo perdió la tierra de vista".

Como vemos, la declaración de Marcos el Verde tiene sospechosos puntos en contacto con la de Pedro Vello, tantos que casi podríamos decir que se trata de la misma experiencia, enriquecida en el caso del segundo.

Finalizaremos esta exposición con la visita que hizo a la isla un francés, tal y como puso por escrito en Tenerife el año de 1606.

Su arribada fue también accidental y no poco providencial, pues habría roto los palos del barco antes de tocar sus costas empujado por una fuerte tormenta. Una vez en tierra, cortó un árbol y permaneció ocupado labrándolo casi medio día, al cabo del cual los elementos se desencadenaron poderosos, obligándole a regresar al barco y llegando felizmente a La Palma al día siguiente. Decía el francés que era tierra de muchos árboles, frondosa en extremo, coincidiendo con otras informaciones y algunos dibujos.

Desde entonces la isla se ha mostrado a intervalos hasta nuestros días, llegando al extremo de haber sido fotografiada desde la isla de La Palma, en la década de los cincuenta.

¿Tendremos que inclinarnos ante las razones del crédulo Abreu Galindo? Sirvan ellas de colofón a este trabajo.

"Y a las cosas que consisten en la voluntad divina, como es esta de no querer se descubra, no hay que poner imposibilidad ni maravilla, para dudarlas, sino para engrandecerlas; que, pues así lo ordena el Señor no carece de misterio".

BIBLIOGRAFIA

I. Noticias de historiadores:

- CASTILLO, Pedro Agustín: "Descripción histórica y geográfica de las islas Canarias". Acabada en 1737. Eds. del "Gabinete Literario" de Las Palmas. Madrid, 1948-60. Contiene una completa compilación bibliográfica sobre la isla de San Borondón, a cargo de Miguel Santiago.
- ABREU GALINDO: "Historia de la conquista de las siete islas Canarias". Goya Eds. Santa Cruz de Tenerife, 1977.

II. Leyendas:

- JUVINAL, Achille: "La Légende latine de Saint Brandain". París, 1836.
- CARRE ALBARELOS: "As lendas tradicionais galegas".
- CARRE ALDAO: "A lenda de San Amaro peregrino". Nos, núm. 19, 1925.
- CARRE, Leandro: "El ciclo mitológico irlandés y Galicia". B.R.A.G.; T. XXIV, 1945.